

mágico. Ello confirma mi opinión personal sobre tantos motivos, objeto de lucubraciones de algunos estudiosos que insisten en verlos en el romancero con significados míticos y simbólicos, y que son a lo más, como las "7 vueltas", restos de motivos folklóricos que han perdido su sentido original. Armistead y Silverman dan aquí a estas aportaciones folklóricas su valor real.

Pese a lo rápido de la reseña, no quiero dejar de mencionar, en esta primera parte, "El romance de Celinos" (pp. 35-42), "La dama de Aragón" (pp. 50-60) y "El substrato cristiano en el romancero sefardí" (pp. 127-148), que me parecen de los más interesantes del conjunto.

Muy importantes son los diversos estudios que tratan la influencia local en la tradición sefardí hispánica, contenidos en la segunda sección *Huellas de la diáspora*. En los diversos temas que se tratan se evidencia la comunidad de tipos de motivos y coincidencias estilísticas que permiten traducciones de textos de otros folklores, como el balcánico (muy ejemplificado aquí) sin que se note diferencia alguna entre los textos hispánicos y estos textos extranjeros vertidos al judeo-español. Sin negar las características locales (o nacionales) que puedan reflejar algunos textos, es importante comprobar una vez más que muchos temas y motivos nacidos en distintos países pueden ser adoptados por una determinada tradición, ya que se basan en gustos e intereses comunes a todos los hombres. También es de resaltar el que estos textos extranjeros, al ser incorporados, se enriquecen con motivos de la tradición adoptante. Es de pensar que estos textos reelaborados puedan regresar a la tradición de la que fueron tomados, siguiendo un proceso similar, para incorporar a ella nuevos elementos. Estos preciosos estudios de Armistead y Silverman, que nos revelan la riqueza del romancero sefardí, tienen también un alcance más amplio, ya que nos presentan los avatares de los textos tradicionales en general.

Finalmente mencionaré el estudio de Israel J. Katz, que muestra profundos conocimientos musicales, y que plantea cuestiones de gran interés para los especialistas.

En resumen, es un libro de una gran utilidad para los investigadores, que revela la amplia erudición de sus autores y su conocimiento profundo de los temas tratados, que son expuestos de una manera clara, amena y documentada.

MERCEDES DÍAZ ROIG

El Colegio de México.

JOËL SAIGNEUX, *Cultures populaires et cultures savantes en Espagne du moyen âge aux Lumières*. Éditions du CNRS, Paris, 1982; 180 pp.

La obra de Joël Saigneux es una lúcida muestra de la madurez alcanzada por los estudios sobre cultura popular en nuestro siglo. Lejos estamos ya de las teorías románticas sobre creación colectiva; lejos también de quienes reivindicaban a la cultura popular sólo como una forma contestataria de la oficial. Cultura popular, campesina y tradicional no son sólo capítulos adjetivos o complementarios de los estudios históricos y literarios, sino contrapartes dialécticas de la cultura oficial, imposibles de omitir si se pretende interpretar

un fenómeno correcta y acabadamente.

Joël Saigneux es un historiador de las mentalidades vinculado a la corriente representada por Bajtín en literatura y Duby en historia. Parte, como ellos, de una nueva mirada sobre la relación de la cultura popular con los diferentes niveles de cultura y sectores sociales, mirada aguda, comprensiva y de notable valor heurístico: une forme de culture ne se définit que par opposition d'auter. En matière de culture, il n'existe donc que des différences, des systèmes d'oppositions et de rapports dialectiques (p. 12).

Hay una compleja trama de influencias entre economía, sociedad y cultura, pero también entre cultura popular y erudita, masculina y femenina, religiosa y profana. Las diversas formas se definen por la naturaleza y la extensión de estas relaciones.

La historia de las mentalidades ha ampliado sus fronteras hasta comprender no sólo el estudio de las *élites* sino de las masas anónimas, no sólo el pensamiento de los eruditos sino las actitudes colectivas, y toma nuevos caminos interdisciplinarios. Es entonces que se produce el encuentro con la literatura:

Le détour par la littérature, trop longtemps méprisé par les historiens, est indispensable (...) pour réintroduire la dimension du temps court, celui de l'histoire qui bouge. La littérature enregistre en effet de façon particulièrement fine et rapide, les moindres frissons de la sensibilité collective, elle est donc un indicateur très précieux (p. 10).

Saigneux no reduce el texto literario a testimonio histórico, sino que hace un finísimo análisis de texto y de contexto que interesa a los estudiosos de la literatura. Una obra no sólo ilustra la dialéctica entre diferentes formas culturales y sociales, sino que no puede comprenderse sin ella.

Al estudiar la relación entre "Culture populaire et culture savante dans l'Espagne du xm^e siècle d'après l'oeuvre de Berceo", Saigneux enumera una serie de temas recurrentes en el autor medieval, tales como el culto a la Virgen, el culto a los santos, los milagros y el espíritu de fiesta, que sorprenden si se los mira desde el punto de vista del catolicismo ortodoxo, pero que se justifican ampliamente por el acercamiento de Berceo a la religión popular. Berceo ilustra el conflicto del autor cristiano medieval entre la pertenencia a la *élite* clerical y el acercamiento a la masa de fieles mediante la apelación a formas populares de devoción. Así se explica que el autor de los *Milagros*, conocedor del latín, prefiera la lengua romance, y que se presente ora como maestro de clerecía, ora como juglar a lo divino. El culto a la Virgen y el culto a los Santos, populares ambos en el siglo XIII, tienen sin embargo orígenes diversos. El primero procede de fuentes eruditas: fue acuñado por los teólogos hacia el siglo XII, y alcanza aceptación popular en el XIII. El género de milagros siguió una trayectoria inversa: inspirado en el gusto popular por los fenómenos sobrenaturales, la Iglesia lo incorpora en el XIII en un intento por conciliarlo con la ortodoxia.

Más adelante retoma Saigneux el tema del culto mariano, ya profundamente arraigado en el siglo xvm y constituido en eje del catolicismo popular español. Rastrea su vigencia en las más sorprendentes fuentes: desde las advocaciones de hermandades, corporaciones y órdenes religiosas, hasta inscripciones con rogativas y exvotos, actas de bautismos e incluso fórmulas

de saludo y costumbres populares (el "Ave María Purísima"), se hace evidente la preferencia por la fórmula mariana y el nombre de María. Los primeros reformadores ilustrados denunciaron el culto excesivo a la Virgen y los santos, preocupados menos por combatir la impiedad que el exceso de supersticiones y errores en la religión popular. Ésta, con todos sus rasgos de diversidad, particularismo y regionalismo, fue especialmente combatida en los siglos XVI y XVIII, en los que se buscó el centralismo político y la uniformización del dogma religioso.

Interesan a Saigneux las contradicciones en el grupo clerical. En "A propos des premières traductions de la Bible en Castillan" se interroga por las razones profundas del esfuerzo de traducción de pasajes bíblicos, entre 1250 y 1275, a lenguas aún balbucientes que las Biblias romanceadas contribuyen a afirmar. Si bien se llegó a una apertura de la cultura clerical al mundo románico, no puede hablarse de una franca aparición de una cultura clerical alternativa en lengua vulgar, alternativa entre la cultura clerical latina y la popular. La "traducción" se opone a la "tradición". Renunciar al latín, lengua sacra, 'lingua obscura', propia de la élite ortodoxa y patrimonio de iniciados, supone caer en el peligro del libre examen, la herejía y la tergiversación del mensaje de las Escrituras y sus comentaristas. Para muchos, romancear es amenazar el orden imperante. De este modo, la contradicción latín-lengua vulgar, obedece menos a razones de orden lingüístico que teológico-político.

En "Culture féminine en Castille au XVI^e siècle, Thérèse d'Avila et les livres", Saigneux examina las posibilidades de acceso a la cultura erudita del siglo XVI para una representante de un sector social triplemente marginado: Santa Teresa era mujer, hija de conversos y de extracción burguesa, en una época en que la cultura dominante era masculina, cristiana vieja y aristocrática. Así se explica, según el autor, el carácter contestatario, anticonformista y las tensiones dentro de la obra de la Santa, marcada por una voluntad embozada de integrarse al orden dominante y el temor de ser rechazada por él. Revisa Saigneux los hábitos de lectura y los gustos literarios del XVI, época en que nuevos sectores sociales tienen acceso a la lectura y se establecen nuevas relaciones entre dinero, saber y poder. Al tratar las modalidades de educación femenina, concluye que la Santa estaba "condenada" al autodidactismo, y de allí su actitud ambigua ante los libros y la cultura institucionalizada.

El libro se cierra con un brillante capítulo dedicado a la prensa en el Siglo de las Luces. La aparición de las publicaciones periódicas no sólo está relacionada con el progreso de las técnicas de impresión, sino sobre todo con un cambio de mentalidad: aparición de nuevas formas de temporalidad social (laicización del tiempo vivido) y pérdida del antiguo criterio de autoridad (laicización de la cultura). Al cambiar las condiciones sociales y fortalecerse las clases medias, la cultura misma deja de ser asunto controlado por la Iglesia. La organización periódica de las publicaciones no sólo contribuye al acopio de datos, sino que es una nueva forma de organizar la conciencia social mediante estereotipos de información, y así se constituye la "opinión pública", que se consolida en España en época de Carlos III.

Esta obra, que es una compilación de artículos sobre arte, historia y literatura, agrupados por una misma preocupación (las relaciones dialécticas entre los diversos niveles de cultura y grupos sociales), y un mismo método de trabajo (análisis de piezas artísticas y literarias a la luz de sus relaciones con los otros estratos de la cultura), incluye además un rico aparato erudito y una

amplia bibliografía, indispensables para quienes quieran abordar el estudio de la cultura popular. Sólo nos queda recomendar la traducción al español de esta obra inteligente y polémica.

LILIANA WEINBERG

México.

ANTONIO CARREÑO, *El romancero lírico de Lope de Vega*. Gredos, Madrid, 1979; 301 pp. (*BRH, Estudios y ensayos*, 285).

El autor ha iniciado la difícil y compleja tarea de estudiar el romancero nuevo a través de uno de sus máximos exponentes, el genial Lope de Vega, cuya personalidad se va desdoblando en sus versos amorosos, religiosos, humorísticos, heroicos. . . Para realizar esta empresa precisa unos deslindes previos (p. 10), y así se centrará en el Lope que vive en su lírica —faceta a la que la crítica ha prestado menos atención, con la casi excepción del elemento autobiográfico— y no en el de la ficción teatral; por tanto quedarán excluidos aquellos elementos líricos que forman parte de su teatro; sin embargo, por considerar que los que se contienen en *La Dorotea* forman parte de un todo unitario y detienen el tiempo dramático, éstos sí serán también objeto de estudio. Pero esto no basta; es preciso reconocer que el romancero nuevo tiene unos mecanismos internos que, en buena medida, deben su razón de ser al romancero viejo, y por eso, el capítulo primero corresponde a una breve, pero clara, historia del romancero.

Apoyándose en los grandes maestros retrocede a los orígenes, a las teorías, a los juicios valorativos para ir siguiendo paso a paso el camino trazado por el romancero; hacia 1580 ya se aprecia un cambio no sólo en los temas, sino también en su estructura rítmica y expresiva, en la que la música y la seguidilla jugarán un papel importante. Existe, pues, una amplia difusión por parte de jóvenes poetas, pero sobre todo por impresores y editores; el *Romancero general* de 1600 será un hito memorable. Esto sirve para situar en el tiempo y en el espacio el tema objeto de estudio. *El romancero lírico de Lope de Vega*, que abarca lo pastoril y lo morisco, lo filosófico y lo religioso, lo humorístico y lo paródico, y que, por encontrarse recogido en obras diversas, con frecuencia plantea problemas de autoría o de atribución; cabe descartar entonces elementos y autores afines como es el caso de Liñán de Riaza, Valdivieso, Ledesma, o incluso Góngora o Quevedo.

Y es necesario valerse, en muchos casos, de las mañas del bibliógrafo y de los métodos del riguroso historiador y crítico para poder llevar a cabo un trabajo serio y concienzudo. El presente quiso tener un poco de todo, y si algo lo justifica es el gran entusiasmo que mueve a este neófito en lanzaderas y pesquisas literarias; a sus prisas por tratar de deshilar un poco más la confusa madeja que entreteje esta área de la lírica del Siglo de Oro (p. 11).

Y ya estamos ante Lope y su obra. Antonio Carreño seguirá una línea metodológica y evolutiva, un estudio diacrónico autor-obra: dos ciclos iniciales que comprenden unos quince años y se corresponden con el Romancero